

Cogió por suyo el rincón de una cantina, y allí, ante su *carabinier*, se pasaba los días soñando con París, su París entrevisto en la primera juventud como una visión dorada é inolvidable y que más que nunca lo recordaba y lo atraía.

Por fin una pulmonía traidora le dió su puñalada de hielo al revolver una esquina, una noche que se había retardado en la taberna, y allá se fué á Dolores el soñador rencoroso, á descansar de sus vanas correrías sobre el planeta, con un montón de tierra encima y una cruz de madera clavada en la barriga, que decía:



«CI GIT»

«PIERRE LEROI»

«DECEDE LE 2 DECEMBRE»

«19..»

Unos altísimos y mal vestidos eucaliptus murmuran sobre la tumba del inquieto, cosas tristes, profundas, irónicas tal vez.

* * *

Las pobres mujeres pasaron muy malos días. Solas, en tierra extraña, sin recursos, ni á quien volver los ojos, sin conocer apenas el idioma, su situación fué de las más angustiosas. La madre, la respetable madama Leroi, que en sus mocedades había sido la muchacha más guapa de su pueblo, conservaba en sus seniles

años esa vaciedad de chirúmen propia de toda mujer bonita y era incapaz no digo de iniciativa, sino aun de raciocinio.

Había envenenado la vida del desdichado *instituteur* y ahora envenenaba la de su hija, con la que se mostraba exigente y mala, exasperada por la miseria.

La muchacha con un valor impropio de sus años y de su timidez, supo afrontar la difícil situación. Exhibió su cara fea como quien exhibe una llaga para excitar la compasión, anduvo de

COGIÓ POR SUYO EL RINCÓN DE UNA CANTINA.

aquí para allá, de casa en casa de sus compatriotas y se agenció, por pura lástima que tuvieron de ella, algunas lecciones de piano.

Poco á poco se hizo estimar, aunque no querer.

La guardaban consideraciones humillantes, de esas que colocan á las personas entre el rango del criado de confianza y el del perro consentido y favorito que sabe algunas gracias y al que hay que tener grato para que no se niegue á exhibirlas ante las visitas.

Entonces adquirió un gran amor: sus discípulos. Algunos de ellos, los pequeños, la rechazaban; otros se la burlaban y la hacían caricaturas. Pero ella les quería á todos con una inmensa palpación maternal, y tan extremado era su

